

«*P. D.* No os olvidéis de enviar también un par de botitas y otro de guantes.»

Tres días después, la Marquesa recibía por la mañana una carta de la señorita de La Roche-Ermel, y al mismo tiempo una caja de grandes dimensiones que la joven la enviaba. Abrió al momento la carta, y leyó lo siguiente:

«Mis primos, los de Boisvilliers, señora, estaban tan orgullosos con vuestra amistad, que hubiera dejado de ser de la familia si, á mi vez, no la hubiera buscado. Puesto que queréis dármela dentro de mi canastilla, vedme ya tan dichosa como indiscreta he sido: perdonad; pero habéis tenido la bondad de comprender que sólo la más viva simpatía y la más respetuo-

sa confianza, pudieron inspirarme la audacia que he tenido. Vuestra carta, aunque cariñosísima, no me ha sorprendido absolutamente nada: mi corazón no esperaba menos del vuestro.

»Me tomo la libertad, querida señora, de enviaros el encarguito que tuvisteis á bien hacerme. Todo lo encontraréis algo campesino; pero con vuestra inspiración y buen gusto sabréis hacer maravillas. También envió una pequeña lista indicando lo que me parece necesario en las solemnes circunstancias en que me encuentro, rogándoos la rectificquéis á vuestro gusto, que no ignoro es el mejor del mundo.

»Besa vuestras manos con el mayor reconocimiento,

»JUANA DE LA ROCHE-ERMEL.»

La Marquesa, al leer aquella carta, frunció las cejas con aire enojado. Estaba demasiado bien escrita para ser obra de una tosea muchacha de pueblo, que era como ella se representaba á la señorita de La Roche-Ermel; pero se consoló imaginando que Felipe debía haberla llevado la pluma, para salvar el honor de su prima bajo el punto de vista ortográfico.

La Marquesa abrió después la caja, que había hecho llevar á su cuarto de tocador. Cuando levantó las hojas de papel de seda con que se ocultaban los objetos que contenía, se inclinó sobre la caja hinchando sus delicadas narices, y aspiró dos ó tres veces los delicados olores que desprendía.

—¡Qué cuidadosa y qué buen gusto

tiene para elegir sus perfumes! (murmuró.) ¿Y qué olor es este?... ¿Dónde le tomará?

Sacó después lentamente los objetos que contenía, dándoles vueltas, mirándoles uno á uno con la misma atenta curiosidad que miraría una fiera á la presa que acechase.

Juana enviaba dos de sus vestidos, el uno alto, y escotado el otro; la Marquesa los miró, los comparó, escudriñando sus menores pliegues, sus arrugas, y al terminar aquel examen, su rostro expresó el asombro.

—El talle es un poco corto (dijo); pero perfectamente formado.

Juana enviaba también varios objetos de lencería que revelaban costumbres personales de una elegancia escogida y hasta refinada. Los guantes estrechos y largos daban idea de una

mano aristocrática. Las botinas, por fin, no eran nuevas, dando por consiguiente la más perfecta idea del pie que las había modelado.

Acabado aquel minucioso examen, la Marquesa permaneció algunos minutos aún contemplando los diversos objetos de tocador que estaban esparcidos sobre la alfombra; después se sentó, cruzando sus manos sobre las rodillas, y dijo con voz sorda:

— ¡ Me ha engañado!.... ¡ Es bonita!

.....

.....

El cambio epistolar que había entre la Marquesa y Juana, no tardó en hacerse asiduo y casi cotidiano. La señora de Talyas, animada de un celoso interés en el servicio de su nueva amiga, la escribía casi todos los días, para darle cuenta de sus compras, de

sus gustos, y para preguntarle su parecer. Juana respondía con igual prisa, y su correspondencia tomaba de día en día un carácter más íntimo y expansivo. El señor de Boisvilliers y los La Roche-Ermel no escaseaban elogios sobre la extraordinaria complacencia de la Marquesa. Felipe, como comprenderá el lector, era el único de la familia que no participaba de aquellos transportes; desde el primer momento que había visto establecerse relaciones directas entre la Marquesa y Juana, había concebido sobre ellas el más triste de los augurios. Comprendía que la fortuna se volvía decididamente contra él, pues la dirección de los acontecimientos se le escapaba, y la puerta quedaba en adelante abierta á una catástrofe, tanto más alarmante á su imaginación, cuanto que no podía

prever en la forma en que se presentaría. Por lo demás, no tardó mucho tiempo en saber á qué atenerse sobre este punto.

Un día encontró á su padre y á los La Roche-Ermel deliberando sobre la cuestión de saber si no sería indispensable invitar al matrimonio de Juana á una persona que la demostraba tanto cariño. Esta pregunta se la dirigieron luego á Felipe, que le pareció que la tierra se hundía á sus pies, y buscó en vano objeciones, que no pudo encontrar, contentándose con insinuar tímidamente que podían comprometer á la Marquesa con semejante invitación, pues no se atrevería á rehusarla; pero la incomodaría, haciéndola abandonar sus costumbres parisienses para ir al campo, que tanto detestaba. Juana intervino entonces, y declaró

que la parecía muy mal no dar á la Marquesa una muestra de gratitud tan natural, y que ella se encargaría de dirigirle la invitación, en términos que la dejasen toda su libertad.

En consecuencia, escribió aquel mismo día á la Marquesa una carta sumamente cariñosa, á la que su padre añadió algunas líneas. Se atrevían apenas á ofrecerle una modesta hospitalidad en su viejo castillo; pero su presencia y la del señor de Talyas en el matrimonio de Juana pondrían colmo á las muchas bondades que ya les debía la familia.

Felipe, en medio del desorden mental en que le había sumergido aquel desfavorable incidente, no vivía ya más que asiéndose á una frágil esperanza; esperaba que la Marquesa,

satisfecha y confiada por aquel proceder, tendría el buen gusto de responder con una negativa.

Su respuesta no se hizo esperar; llegó al día siguiente.... Hela aquí:

«Iba á pedirlos que me invitaseis, mi querida amiguíta: así, pues, pasaré ocho días en vuestra compañía. El lunes por la noche llegaré con vuestros vestidos. Hasta muy pronto.

»En cuanto al Marqués, es muy posible que vaya á reunírseme más tarde. Decídselo á Felipe.»

Este billete, breve como un relámpago, no podía dejar ninguna ilusión á Felipe. No había duda de que la Marquesa tenía sospechas de haber sido engañada, de que Juana era una rival amada y digna de serlo, y aceptaba la invitación para asegurarse de ello, siendo su amenazadora posdata

un aviso, que el joven comprendió perfectamente.

De este modo la pesadilla se hacía realidad, y la quimera tomaba cuerpo.... ¡Ya no soñaba!.... ¡Oh, qué momentos tan terribles!.... ¿Qué hacer?.... ¿Confesar á su padre, al conde de La Roche-Ermel y á Juana toda la verdad?.... ¿Tomarlos por jueces y entregarse á su misericordia?.... Felipe sintió una violenta tentación de hacerlo así.... Tal vez entonces, teniendo en cuenta su sinceridad y sus sufrimientos, le perdonasen y le ayudasen en aquel terrible trance....; tal vez se unieran á él para luchar, para combatir á aquel terrible fantasma que se aproximaba.... Sí, esto era obrar como un hombre hábil y prudente....; pero también era una cobardía arrastrar el honor de una mujer que se le había entregado.

Felipe rechazó esta tentación, y se resignó á todo, antes que á perder la poca estima que le quedaba de sí mismo.... El lector comprenderá lo que sufriría para conservar su aire tranquilo y alegre en presencia de su familia hasta aquel fatal lunes.

Pero, después de todo, ¿no le quedaba una última esperanza de salvación?.... ¿No era posible que aquel encanto incomparable y particular de que Juana estaba revestida á sus ojos, pasase desapercibido á los de la Marquesa?.... Acostumbrada como estaba á los tipos de la refinada elegancia parisién, ¿no podía esperar que viese en la señorita de La Roche-Ermel una fea más ó menos agradable, que no desmentía la descripción que él la había hecho?.... Sobre este punto, Felipe tardó algo en convencerse.

La marquesa de Talyas llegó, como había anunciado, el lunes á las cinco de la tarde.

En provincias hay la costumbre de que las jóvenes no se muestren en público la víspera de casarse, y el conde de La Roche-Ermel, que era un severo tradicionalista, decidió que Juana se amoldase al uso y esperase á la Marquesa en la avenida del castillo, mientras él iba á la estación en compañía de sus primos los Boisvilliers para recibir á la señora de Talyas.

Cuando la Marquesa bajó del vagón y apareció en todo el esplendor de su belleza y juventud, el conde Leopoldo se quedó asombrado. Después de cambiados los primeros cumplimientos, la hicieron subir en el coche que los había conducido, y veinte minutos más tarde franqueaban en triunfo las

blancas tapias de La Roche-Ermel.

Juana estaba á la entrada, entre su tío, el Caballero y la señorita Angélica. Al ruido de los coches se adelantaron, y el coche se detuvo. La marquesa de Talyas, apoyándose en la mano que el Conde la ofrecía, saltó ligeramete á tierra con la sonrisa en los labios, y se encontró frente á frente de Juana. La envolvió en una rápida mirada, y cogiéndole las dos manos, la dijo graciosamente siempre, sin dejar de mirarla:

—¡Sois como yo pensaba! ¿Queréis abrazarme, querida?

Juana quedó algunos minutos suspensa, en una actitud de vacilación, que bien podía ser atribuída á la timidez: sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, como si un espectáculo extraño é inesperado la hubiera dejado

petrificada; los latidos de su corazón levantaban con fuerza su pecho; por fin, reponiéndose, dijo con acento apenas perceptible:

—¡Oh, señora!.... ¡Qué hermosa sois!

Y sus mejillas se juntaron.

—¡Querida niña!—dijo la Marquesa, golpeando dulcemente su mano.

Y volviéndose á Felipe, que estaba muy atento á todos los detalles de esta escena:

—¡Venid aquí!—le dijo sonriendo.

La Marquesa dió algunos pasos, separándose un poco del grupo que formaba la familia, y pasando su brazo por el del joven, le dijo bajando la voz:

—¿Encontráis ordinaria á esta joven?

—Sin duda.

—Está muy bien....; pero os pre-

vengo, amigo mío, que ese matrimonio no tendrá lugar.

—¡Pero si vos misma me lo habéis ordenado!

—Pues ahora pienso otra cosa.

—Es demasiado tarde.

—Os repito que ese matrimonio no tendrá lugar.

—¡Ah! ¿Y qué haréis para impedirlo?

—¡Todo!

Y separándose bruscamente de Felipe, volvió al lado de Juana.

—No tengáis celos, amiguita mía (la dijo con su más dulce sonrisa); le decía que sois encantadora.

Mientras llegaron al castillo, hablaron alegremente de diferentes cosas. Después la señorita Angélica y su sobrina fueron á instalar á la Marquesa en las habitaciones que la estaban destinadas, donde la dejaron con su don-

cella, previniéndola que la campana anunciaría pronto la hora de comer.

Durante la comida, á la que asistieron el señor de Boisvilliers y su hijo, Felipe, no teniendo ya nada que estudiar en la Marquesa, se preocupó únicamente en penetrar la expresión de la fisonomía de Juana. No había dejado de notar la especie de estupor que la invadió al ver á la Marquesa; y aunque no pensaba que por una luz sobrenatural podía haberlo adivinado todo en el primer momento, la expresión de su rostro le alarmó. ¿Qué podía haber sospechado?... ¿Qué clase de interpretación daba á su conducta? En vano trató de leer aquellos enigmas en el rostro de la joven. Juana tenía por costumbre y por dignidad un gran dominio sobre sí misma, y había recobrado su aire de calma, de dül-

zura y de energía; solamente notó Felipe que estaba más pensativa que de costumbre, y le pareció también que, por instantes, su grave belleza se iluminaba con aquella luz extraña que la aproximación del martirio ponía en la frente de las jóvenes cristianas.... ¡Nunca la había amado tanto! ¡Pobre niña! ¡Qué vida...., qué sufrimientos la aguardaban por su causa! ¡Qué iba á suceder?... ¡Á qué angustias, á qué escándalos y á qué sufrimientos desconocidos para ella la iba á arrastrar?

La Marquesa, entre tanto, parecía contentísima al encontrarse en tan amable reunión, y representaba admirablemente su papel de estrella parisién, con el aire de reina que le era propio, teniendo para todos frases graciosas, recordando al señor de Bois-

villiers las épocas que éste había pasado en París para ver á su hijo, hablando al conde Leopoldo del carácter noble y poético de su castillo, al Caballero de Beethoven, y á la señorita Angélica de pinturas y de flores. Así es que cuando fueron á tomar el café en el salón, la Marquesa pudo oír un murmullo lisonjero que corría por todos los miembros de aquella familia, en que la palabra *deliciosa* sonaba por todas partes.

En el curso de la noche, la marquesa de Talyas rogó á Juana que tocase alguna pieza en el piano, y la joven obedeció en seguida. Luego la dijo que la enseñara alguno de aquellos platos que tan bien pintaba, y la señorita de La Roche-Ermel se apresuró á presentarle uno, dándola sobre aquel género de trabajos algunas bre-

ves explicaciones, que terminó diciendo tranquilamente:

—¿Os gusta, señora?

— Muchísimo (dijo la Marquesa); tanto, que os tengo envidia...., ¡porque entendéis de todo!.... ¡Sois perfecta!.... Y no se puede estar á vuestro lado sin resultar inferior á vos.

La Marquesa se levantó, y disimulando un bostezo detrás de su abanico, se excusó con la fatiga del viaje, y se despidió de sus nuevos amigos.

Antes de salir estrechó la mano á Felipe.

—Hasta mañana, amigomío,—le dijo.

Y añadió más bajo, pero siempre sonriente, y como si le hubiera dicho un cumplimiento:

—Os doy dos días para tomar un partido....; en seguida avisaré.... ¡Buenas noches!

XII.

Los dos siguientes días se invirtieron, en su mayor parte, en hacer los honores del país á la Marquesa. Se paseaban á pie por la mañana en los sotobos de La Roche-Ermel y de Boisvilliers, y después del mediodía recorrían en carruaje los sitios más notables de los alrededores. En los intervalos se ocupaban en los preparativos del matrimonio y, en particular, en el examen y en la prueba del *trousseau*.